

Federico Garcia Capurro o que el Dr. Regules hicieran milagros. Pero que los haga San Cono, de ningún modo.

Pero viene un tipo que yo no conocia y me dice: "El 03! —me dice. Parece cosa del diablo!"

La gente, viejo, es así. Se encuentra siempre más pronta a creer en el diablo que en el santo. . . Pero usted no haga caso. Usted crea. Crea en cualquier cosa. Crea en San Cono y crea en la quiniela, que al fin y al cabo, desde que está oficializada, es el símbolo del poder temporal, y del Estado. Pero crea.

Y cuando vea que alguien no cree en San Cono, desconfíe de él. Ese descreído, viejo, es un comunista en ciernes!

Y a nosotros, que no lo somos, nos toca defender este brote volcánico de milagrería que auspicia una nueva era de catedrales que se levantarán hacia el cielo, no para "rascarlo" —como los edificios de nuestras desesperanzadas ciudades actuales— sino para rendirle el homenaje del hombre que sabe que jamás, abandonado a sus solas fuerzas terrenas, será capaz de acertar a la cabeza tan matemáticamente.

A Santa Rita, que es la abogada de los imposibles; a San Vicente, que es el patrono de los pobres; a San Antonio, que lo es de los sin novia; a San José de Cupertino, que es el de los estudiantes; a Santa Lucía, que es la abogada de la vista y a Santa Cecilia, que es la patrona de la música; a San Francisco, en fin, que es el santo de los animales (y por extensión, de los diputados) bien podemos agregar un santo más, que defienda a los seguidores del 03.

Nosotros, por nuestra parte, rendidos ante la evidencia, nos declaramos ya para siempre devotos de San Cono. Y puesto que su capacidad de hacer milagros parece la más potente de todo el Santoral, queremos desde hoy y desde aquí elevarle nuestro ruego. Y pedirle que él, que todo lo puede, le de una manito a nuestro pobre Hospital Vilardebó y lo arregle.

¡Ese si que sería un milagro digno de que lo reconociera hasta Stalin!

13 de junio de 1952

I Like Ike, después de todo. . .

Nuestro Gobierno — que a tantas cosas se ha adelantado durante los últimos años en materia de política internacional— debería de plantear en la UN y en la OEA la aspiración de los ciudadanos orientales de tomar parte, a través del voto libremente omitido, en las elecciones estadounidenses.

En vez de chiflarnos o reírse nos en la cara, como ha sucedido otras veces —como cuando pedimos que no les aplicaran la cuenta a los ángeles de Nuremberg— encontraríamos que toda la humanidad civilizada y sin civilizar se adheriría a nuestra petición. La ley de la historia es demasiado dura, en efecto, y no es cosa de que al hombre del cual dependen en cierto modo los destinos, la paz o la guerra del mundo, lo elija sólo una infima minoría de 150 millones de rubios del Norte. La elección entre Truman, Eisenhower, Taft, o Dios vaya a saber quién, hace rato dejó de ser asunto privado del pueblo norteamericano. Y por el contrario interesa tanto al taximetrista neoyorquino como al hechicero de la tribu africana. El cocinero del Kremlin y el canchero del Estadio Centenario, Isabel de Inglaterra, Couture, el párroco de la última aldea de Finlandia y los prisioneros de la isla de Kojé, deberían participar en la elección de los Estados Unidos. Es más: bastaría probar que se tiene un organismo sensible a las emanaciones de un átomo desintegrado, para que —fuésemos lo que fuésemos: hombres, ratones, pingüinos, plantas de trébol, mangangaes u ornitorrincos— se nos abriese la puerta del cuarto secreto y se nos diese un sobre para votar...

Ike sonríe

Yo, ni qué decir, votaría a muerte por Ike. Mi mejor argumento sobre los motivos por los cuales este ilustre desconocido me parece el candidato mejor, se resume en una foto del mismo, entrevista hace meses en una carátula, no sé si del "Life". Ike aparecía en no sé qué parte del viejo continente, a los abrazos con los oficiales políglotos de su Estado Mayor combinado de no sé cuántas Repúblicas y Reinos. Otras fotos lo mostraban saludando a los que pasaban por la calle. Otra, pasando revista a un escuadrón de soldados cuyo idioma seguramente ignoraba. Otra, por fin, lo presentaba de frente a la cámara, con su sonrisa de bulldog bonachón y canchero clavada sobre el lector y toda su familia. Ike es la simpatía personificada. O para decirlo mejor, Ike, el General, es la simpatía Generalizada. Generalizada y generalizada. No estaría nada mal, por cierto, que entre ese diálogo de jugadores de naipes de que pende la supervivencia del hombre —Stalin, Churchill, Truman— y que parecen otras tantas ilustraciones de las diferentes maneras de tener cara de tramposo (con lentes, sin lentes, con habano, con bigotes, con pipa), irrumpiera por fin alguien con cara de que le gustan las mujeres...

Y si después la guerra estalla lo mismo, nos quedaría por lo menos el consuelo de decir que la culpa fue de aquel maldito tango (que es la manera de decir que fue de aquellas piernas, de aquellas caderas, de aquellos rulitos que le caían por las orejas...)

Dwight Eisenhower, en efecto, es el hombre de rostro más simpático del mundo. Para mi modo de ver, más simpático que todos esos affiches de la simpatía universal (tipo Fernándel, tipo Maurice Chevalier), que suelen ser los tipos más creídos e insoportables de la tierra, según se comprueba cuando la suerte quiere que se les pida un reportaje en Montevideo.

Pero, además, ser el hombre más simpático del mundo cuando se ha vivido vendiendo a la madre y cantando canciones picarescas, no es de mérito mayor. Mérito es el de Eisenhower. En 1944 tuvo a sus órdenes el ejército más fuerte y numeroso que haya conocido la historia del mundo, la mayor muchedumbre de uniformes y armas que recuerden los anales del planeta: 95 divisiones. Con ellas decidió la suerte de la guerra más sangrienta de que exista memoria. Seguir siendo simpático después de esa performance, y conservar al otro día una cara de como si tal cosa... esa sí que es hazaña. Ningún pueblo del mundo ha podido sustraerse al hechizo de esa sonrisa de perro pelado viejo irresistible de Ike. Ninguna ideología ha dejado de alterar su propaganda y ajustar sus líneas frente a este impacto de humanidad que significa la dentadura de Ike. Ike tiene una de esas sonrisas ante las cuales las fábricas de dentífricos se arrodillan y oran. En la boca de un general victorioso y después de una guerra mortífera, esa sonrisa parece la ilustración eterna de las palabras de San Pablo: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?"

Cuando, hace unas semanas, Ike abandonó Europa Occidental para volver a Estados Unidos, Europa Occidental se puso histérica. Los Estados Mayores de la SHAPE, de la NATO y de cada país europeo consultaron con el Pentágono estadounidense la manera de llenar aquel claro que dejaba la dentadura sacrosanta. Ike había recomendado al General Gruenther, que era su brazo derecho. Pero el Pentágono resolvió traer desde Korea a Mateo Ridgway en persona, exsubstituto de Mac Arthur e insustituible como especialista en sustituir a generales insustituibles. Ridgway es un excelente general —desde el punto de vista sudcoreano por lo menos, tan discutido según es notorio por los norcoreanos—. Lo que los franceses llaman "un general de front", es decir, un general hecho y probado a las patadas, en medio de los cañonazos y de los líos más espeluznantes. Es decir: una mala bestia incapaz de perder la cabeza aunque le muestren el fondo del infierno en un día de tormenta. Una especie de Lorenzo Fernández de origen escocés, criado a whisky, que durante su niñez fue el último de la clase en matemáticas pero el primero en romper vidrios y aguantar pellizcos.

Los comunistas franceses, desesperados, se lanzan a la calle. Y el Ministro del Interior, desesperado también, los metió presos, empezando por Jacques Duclos en persona, en un arrebató que a lo que más se parece es al ataque de nervios que estalla en la mitad de los velorios, como coletazo de las grandes ausencias y de las pérdidas irreparables.

Y todo porque Ike había partido de Europa. Porque para las gentes vulgares, partir será morir un poco. Pero para los fenómenos humanos de la talla de Ike, partir no es morir, sino matar un poco.

El cangrejo que está debajo de esa piedra, el alma que alienta detrás de esos postizos, es sin embargo absolutamente desconocida a las multitudes. ¿Quién es ese Ike, cuya máscara nos presenta unos labios permanentes arremangados —como incapaces de chupar la sangre de los pueblos— y unos dientes constantemente apretados —como incapaces de morder—?

La verdad es que nadie lo sabe.

Ike, el desconocido

El periodismo moderno cree burdamente que un hombre deja de ser un desconocido cuando públicamente se conocen fotografías del interior de su casa, sus diversiones preferidas, su opinión sobre la sopa de tomates y sus ideas en materia de base-ball. El simploté de Orson Welles, y muchos que como él confunden el jazz con la metafísica y el cine-arte con la historia de las religiones, aceptan que el secreto de un alma puede estar en la palabra que había grabada en un trineo con el que jugó siendo niño, (recuérdese aquella monstruosa idiotéz que se filmó con el nombre de "El ciudadano").

Nosotros, los lectores de Virgilio, de Homero y de Alighieri, sabemos obviamente que no. Y que en ese lapso tortuoso y vano que va del nacimiento a la muerte de un hombre, los deportes fundamentales son otros, y se llaman Dios, se llaman política, se llaman amor o poesía.

Para los que creen que, informándose, uno se informa de algo, vayan sin embargo estos datos, concienzudamente robados a sendos reportajes a Ike que firmaron Raymond Cartier para el "Paris-Match", Quentín Reynolds para "Life", etc.

Ike nació el 14 de octubre de 1890 y si llega a salir Presidente de los Estados Unidos, los muchachos de la FEUU pueden considerarlo latinoamericano legítimo. Nació en Texas, en efecto, aunque su corazón está donde ha nacido, "no a la vida, al amor", cerca de Kansas, en Abilene, para más datos. Fue pobre como suelen serlo los toreros, los jugadores de fútbol y los generales antes de que la gloria los toque con su mano. Carecía en absoluto de vocación militar (y a juzgar por la dentadura ha seguido careciendo de ella, y por eso ha ganado las más descomunales batallas del siglo, seguramente). Tanto es así que entró en West Point recién a los 23 años: un West Point que, por aquella fecha magnífica del 1911, estaba poco menos que vacío y a punto de cerrar, porque nadie en los Estados Unidos acababa de entender para qué santos servía una Academia Militar. Salió para casarse con Mamie Geneve Doud, con quien no ha tenido nunca disgustos mayores, tal vez por el hecho de no haberle sido fiel jamás, como corresponde.

Algunas pocas más circunstancias notables agotan esa parte de su vida que no salió en los diarios de Montevideo entre 1944 y 1952. Son ellas:

1º — Nunca peleó antes de 1944. Dicho de otro modo: cuando entró por primera vez en fuego en toda su vida ya era medio viejo y lo hizo como general en jefe. En efecto: toda la guerra del 14 la pasó en U.S.A. y cuando partía para Francia, en 1918, llegó el armisticio.

2º — En 1941 era un desconocido tan perfecto, que cuando llegó a Washington el 18 de diciembre de ese año, los diarios publicaron la noticia de la llegada del coronel D. D. Ersenbeing.

3º — Venía, cosa que pocos saben, de Manila, donde durante cuatro años había sido subalterno de Mac Arthur.

4º — Todos los ejércitos que le dieron a comandar en su vida no existían. En efecto: le nombraron jefe de la expedición americana contra la Europa dominada por Hitler, y tuvo que empezar por organizar el inexistente ejército respectivo. Años después lo nombran comandante en jefe del ejército combinado europeo que peleara o no contra los rusos... Tampoco existía el tal ejército. Y tuvo que ir a fabricarlo personalmente a Europa.

5º — En sus ratos perdidos le gusta la pintura. "Life" publicó algunos de sus cuadros. Pero el hecho de que la reproducción fuese en blanco y negro no permitió dilucidar el punto de si eran, o no, más espantosos que los cuadros que pinta Winston Churchill.

No es esto todo, claro está, y revolviendo algunas cosas más se averiguan. Como por ejemplo la de que, por razones familiares, se le cuenta dentro de la secta religiosa menonita. A esto, que es extraordinario, se añaden unas dotes innatas de escritor que parecen ya típicas en los grandes generales, de Julio César para abajo. También a Ike le pidieron una vez sus "Comentarios". Eran comentarios, claro está, para periódicos. Fue poco antes de la última guerra y estuvo a un paso de colgar la espada que jamás había usado, para firmar contrato como comentarista bélico e ingresar al noble gremio de los periodistas. Pero vaya Dios a saber por qué, aquel hombre que se rompía los sesos por entonces sin entrever siquiera una remota posibilidad de llegar a Teniente Coronel, renunció a la fortuna y siguió haciendo solitarios en la cantina del cuartel.

El ofrecimiento que le habían hecho, no carecía, por lo demás, de antecedentes. Como soldado de la guerra del 14, Ike había pisado por primera vez Europa en 1928. Fue recién en esa oportunidad que Ike conoció los campos de batalla, con más de una década de retraso. Le habían encomendado la redacción de una guía para turistas sobre los lugares de combate. E Ike la preparó a conciencia, yendo uno por uno a todos los sitios donde los bolches habían obligado a gastar cartuchos a los aliados. Además, claro, tuvo por entonces, junto con Mamie, flor de apartamento en rue d'Auteuil, famoso en la colonia americana de la época.

Ike candidato

Ya en Farinata del Dante está aquello de que cuando no sabemos quién es un hombre, lo mejor para ubicarse es preguntarle no tanto por sus amigos cuanto por sus enemigos. Y bien: nuestro desconocido Ike, que fue el enemigo decisivo de Adolfo Hitler, es el adversario a muerte de Mac Arthur, aquel que convenció a Hirohito que no descendía del sol, sin que Hirohito consiguiera convencerlo a él de lo mismo. Actualmente,

además, el principal rival de Ike es Taft, el senador de los Estados Unidos que ustedes conocen y que yo también.

Por último, Ike es el adversario lógico de Harry Truman. Ike, ya que no nos dejan elegir a un candidato uruguayo, estamos contigo!

Es absurdo, pero nosotros también, como todos un día, creíamos que bastaría que esa dentadura bajara a la arena electoral para que hiciera capote. Y desde aquí, claro, no entendemos nada. Pero parecería que Taft la lleva mal, y que el 7 de julio, cuando Mac Arthur inaugure la Convención Republicana, pasará un mal rato.

Pero confiamos en la dentadura. Miles y miles de palabras escritas que nos traen las agencias y los diarios de todas las partes del planeta, nos hacen creer y descreer de todo lo que pasa sobre la tierra. Ya no sabemos qué somos, cuántos somos, ni de dónde venimos. Ya no vamos a misa ni creemos siquiera en el azar de la quiniela. Ya no sabemos en qué pozo se escondió la verdad. Algunos diarios te sindicaban como comunista en barbecho, y otro como degollador de inocentes y partidario de la monarquía absoluta. Los comunistas hacen de ti "fabricante de guerras" y los republicanos, seguros del impacto que en la religiosidad protestante de los Estados Unidos hace el cargo, te echan en cara tu grave defecto de mujeriego. Mañana pueden decirnos que eres fascista o ladrón, o loco, o bobo, o cobarde. Y como siempre, todo puede ser. Pero a través de tanto papel que lleva el viento y tras el odio a través de tanta noticia trunca y tanta noticia mentirosamente verdadera, nos ha llegado hasta aquí tu sonrisa, que parece confiar a su humanidad lo que los argumentos humanos no son capaces de decir. Y creemos en ella. Y, si subes, harás, confiamos, lo que puedas. Que no será mucho, ya sabemos.

Por encima de nuestras fervientes convicciones políticas y sociales, por encima de nuestras ideas internacionales y de nuestras lecturas de H. D. y de otros muchos, creemos en el desconocido que duerme detrás de tus dientes.

Hemos visto esa sonrisa en millones de fotografías, que nos traen a Ike revisando la guardia de highlanders; a Ike visitando la Catedral de Santa Sofía; a Ike bajando de un avión; a Ike bostezando con el Estado Mayor de Grecia; a Ike acariciando un perro en Ankara; a Ike abrazado a Juin; a Ike, en fin, con antifaz en los carnavales de 1921, como un Viterbo cualquiera.

Pero tú eres, después de todo, el que, según "Life", dijo una vez: "Its strange —Ike reflected.— We live in a country which offers its citizens unprecedented opportunities— and yet millions of our citizens are in no mental condition to take advantage of them..."

Y por eso nosotros —Truman, Stalin yo...— deseamos que le ganes a Taft.